¿Tu manera de vivir hace más fácil a los demás creer en Jesús?

Mateo 5:16

Pastor Tim Melton

Si tú sigues a Jesús, me gustaría preguntarte: “¿A quién usó Dios para ayudar a que te acercaras a Jesús?” ¿Puedes recordar una cara, un nombre o incluso una conversación?

Muchos son los creyentes que fueron dirigidos hacia Jesús a través de personas que ya conocían. Cuando escuchas sus testimonios oyes frases como estas: “Tenía un vecino... Había un compañero de trabajo... Conocí a un compañero de estudios... Conté con un familiar...” Entonces te cuentan cómo la vida de esas personas les impactó de tal manera que provocó la apertura a su fe en Jesucristo.

En sentido opuesto, cuando te sientas y hablas con un grupo de agnósticos, a veces oyes sus historias sobre estereotipos de personas que decían ser “cristianas” y cuyas formas de vida hicieron que los no creyentes rechazaran la fe cristiana. Tal vez esos supuestos cristianos estaban tan poco comprometidos con su fe que no provocaron el deseo de aproximarse al cristianismo de quienes les rodeaban; o bien la manera de vivir de esos cristianos inconsistentes alejó a los agnósticos de la búsqueda de una relación con Jesús.

En ambos casos observamos la influencia de la ejemplaridad. Lo que nos lleva a preguntarnos: ¿Mi manera de vivir facilita o dificulta que quienes me rodean crean en Jesús?

En las Escrituras encontramos buenos y malos ejemplos. En Hechos 11:26b, en la historia de la iglesia primitiva, leemos: ***“Fue en Antioquía donde a los discípulos se les llamó ‘cristianos’ por primera vez.”*** El nombre significaba “pequeños Cristos”. Lo que inicialmente era un término despectivo utilizado para burlarse de los cristianos, acabó convirtiéndose en el mayor cumplido. El hecho de que existía algo en sus vidas que los asociaba con Jesucristo era un verdadero honor. El Señor utilizaría a esos primeros y fieles creyentes, aunque pequeños en número y limitados en recursos, para difundir el cristianismo por todo el Imperio romano.

Idéntico principio se puso en marcha en Hechos 4:13. Este versículo relata el momento cuando, tras la ascensión de Jesús, algunos de sus discípulos fueron llevados ante el poderoso consejo judío de Jerusalén. ***“Los gobernantes, al ver la osadía con que hablaban Pedro y Juan, y al darse cuenta de que eran gente sin estudios ni preparación, quedaron asombrados y reconocieron que habían***

estado con Jesús.” Hechos 15:5 nos muestra que algunos fariseos se convirtieron finalmente al cristianismo.

Como cristianos, este es nuestro objetivo, que las personas se fije en nuestras vidas, tomen nota de que estamos con Jesús, y sean atraídas también hacia Él.

En Efesios 5:1-2 encontramos estas palabras: **“Por tanto, imitad a Dios, como hijos muy amados, y llevad una vida de amor, así como Cristo nos amó y se entregó por nosotros como ofrenda y sacrificio fragante para Dios”.**

Dios nos ha pedido que le imitemos, pero ¿por qué es tan importante hacerlo? Veámoslo de la siguiente manera.

En Hebreos 1:1-3 leemos: **“Dios, que muchas veces y de varias maneras habló a nuestros antepasados en otras épocas por medio de los profetas, en estos días finales nos ha hablado por medio de su Hijo. (...) El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es.”** Si queremos saber cómo es Dios, solamente tenemos que mirar a Jesús.

En Juan 14:9, Felipe pidió a Jesús que les mostrara al Padre, y Jesús contestó: **“El que me ha visto a mí ha visto al Padre”** (Juan 14:9). **“Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo”** (Colosenses 2:9).

En Jesús vemos la misericordia y la virtud de Dios. Encontramos la gracia y sabiduría de Dios. Observamos su amor y bondad. Apreciamos su paciencia y compasión. Percibimos su fuerza y valor. Sentimos su poder y dulzura. Para todos aquellos que quieren conocer a Dios, el primer lugar en el que buscar es en la vida de Jesús. Él es la exacta representación del Padre... hecho carne.

Dios nos llama ahora para que llevemos su ministerio a otros, también en persona. Al igual que el mundo necesitaba a Jesús para que pudiera ver cómo es Dios, el mundo nos necesita a nosotros para que los demás puedan apreciar cómo es Jesús. No se trata solo de orar o compartir el Evangelio, aunque ambas cosas son esenciales. Una vez que nos sumergimos en la oración por aquellos que están a nuestro alrededor, somos llamados también a cuidar de ellos intencionalmente. A través de nuestro amor semejante al de Jesús, a menudo Dios atraerá a otras personas hacia Sí mismo.

Las Escrituras nos llaman a ser pacificadores, luz, embajadores y testigos. Se trata de aproximarnos a nuestra cultura y nuestras relaciones sociales con un objetivo. Buscando amar a los demás con el amor de Cristo. Entrando en las vidas de los demás como Cristo hizo con nosotros. Es algo complejo, emocionalmente agotador, y exige tiempo, pero mientras amemos a otros del mismo modo que Cristo nos amó, seremos el primer destello que ellos verán de la salvación que pueden encontrar en Cristo.

A lo largo de la historia los cristianos han sido conocidos por satisfacer las necesidades de los pobres, construir hospitales, escuelas u orfanatos, y luchar contra la esclavitud. Esas son buenas acciones y dan gloria a Dios, pero también son actividades que a veces han sido llevadas a cabo por no cristianos. Individualmente, nosotros también realizamos buenas acciones. Ofrecemos nuestro asiento en el autobús a los ancianos. Damos limosna a los necesitados. Dejamos que personas con poca compra nos adelanten en la cola del supermercado. Somos voluntarios, tenemos buenas

palabras, o perdonamos al que nos ha hecho algún mal. Son buenas acciones, ¿pero qué es lo que realmente diferencia a un cristiano? ¿Qué es lo que realmente orienta a la gente hacia Jesús? ¿Cómo reconoció el consejo religioso que Pedro y Juan habían estado con Jesús? ¿Cómo fueron capaces los habitantes de Antioquía de reconocer a los primeros cristianos como seguidores de Cristo? ¿Cómo fue capaz el centurión al pie de la cruz de reconocer que Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios?

Fue su sobrenatural abnegación y amor sacrificial por los demás. Fue su completa ausencia de egoísmo y amor incondicional. En medio de la burla y la tortura, fue la continua paz de Jesús, obediencia, y fidelidad a lo que el Padre le había pedido. En su camino al Calvario, Jesús no maldijo, ni odió, ni siquiera requirió el descenso de legiones de ángeles para venir a luchar en su nombre. Incluso cuando estaban clavando los clavos en sus manos, Jesús se contuvo, mantuvo su obediencia, e incluso perdonó a quienes lo crucificaron. Jesús incluso ministró a Su madre y al criminal en la cruz. Fue su amor por el Padre y por los demás lo que llevó a Jesús a hacer lo que hizo. Y el Espíritu Santo utilizó este amor para revelar la verdad de Cristo al centurión romano.

Esa es nuestra llamada: ***“que os améis unos a otros, como yo os he amado”*** (Juan 15:12). Debemos ***“amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y toda nuestra mente... y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos”***.

A través de Cristo, lo imposible se hace posible. Nuestras vidas se transforman de tal manera que somos capaces de amar a nuestros enemigos, perdonar a los que nos han hecho algún mal, dar a los que lo necesitan, bendecir en lugar de maldecir, llevar las cargas los unos de los otros, e incluso entregar nuestras vidas por los demás. Cuando un amor sobrenatural por los demás se instala en nuestras vidas, el entorno que nos observa verá que somos diferentes. El Espíritu Santo instigará preguntas, provocando que los no creyentes pregunten por la razón de nuestra manera de vivir y la esperanza que tenemos. Jesús será proclamado, y atraerá a la gente hacia Él.

Como leemos en Mateo 5:16: ***“Así brille vuestra luz delante de todos, para que ellos puedan ver vuestras buenas obras y alaben a vuestro Padre que está en el cielo.”*** El contraste es lo que atrae la atención hacia una vida al estilo de Cristo. Cuando alguien refleja la luz de Cristo en un mundo en oscuridad, Dios lo utiliza para atraer la atención hacia Sí mismo.

Nuestro cuidado o amor por los demás no está enraizado en la idea de que seamos capaces por nosotros mismos de hacer actos de amor que produzcan fruto y que glorifiquen a Dios. Se basa en la verdad de que Cristo ahora vive en nosotros. Simplemente, mostramos el amor que Cristo ha hecho nacer en nuestros corazones. Somos el recipiente que se somete a la obra del Espíritu en nuestras vidas. Él está listo para desbordar nuestros corazones si tan solo nos apartamos y obedecemos su abnegado movimiento en nuestras vidas.

Juan 13: 34b-35 dice: ***“Así como yo os he amado, también vosotros debéis amaros unos a otros. De este modo todos sabrán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros”***.

La única razón por la que nos inclinamos a morir a nosotros mismos y llevar las cargas de los demás es porque Cristo vive en nosotros (Colosenses 1:27). Nuestras buenas acciones, en sí mismas, no tienen el poder de dirigir a nadie hacia Cristo. Dios las puede utilizar para preparar el camino, pero solamente el Espíritu Santo puede convencer de pecado, revelar la buena nueva de Jesús, y garantizar la fe a un corazón pecador.

En el año 252 d. C., los cristianos de Corinto salvaron a la ciudad de la peste atendiendo las necesidades de aquellos que eran simplemente abandonados en las calles. Podían hacerlo porque como cristianos ya no les asustaba la muerte. Podían arriesgar sus vidas por el bien de los demás porque Cristo había dado su vida por ellos. Podían servir a otros porque el orgullo y la reputación ya no eran una necesidad para ellos. Su valía estaba en el amor de Jesucristo, no en la aprobación de los hombres.

Otros primeros cristianos se posicionaron contra el infanticidio, la degradación de las mujeres, los combates de gladiadores, y la esclavitud. Con Cristo, la vida tenía valor. Cada niño, cada mujer, cada gladiador, cada esclavo, todos tenían valor y un objetivo que había sido dado por Cristo. Como consecuencia, los primeros cristianos estaban dispuestos a arriesgarlo todo por la esperanza de salvar a algunos.

El apóstol Pablo habló de su amor semejante al de Cristo en Filipenses 1:8. Pablo los añoraba “con el entrañable amor de Cristo”. Hubo varias circunstancias que alimentaron los sentimientos de amor y compañerismo de Pablo hacia los de la iglesia de Filipo, pero su amor y añoranza por ellos, la razón de mantenerlos en su corazón, no tenía su origen en sus propios deseos, ni siquiera en lo que habían hecho en el pasado por él, sino en “el entrañable amor de Jesucristo” que residía dentro de él.

En numerosas ocasiones en los Evangelios esta misma palabra, traducida aquí como “entrañable amor”, era utilizada para describir la compasión de Jesús por la gente. Mateo 9:36 nos dice: **“Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban agobiadas y desamparadas, como ovejas sin pastor.”** Jesús sentía idéntico afecto y compasión por el ciego que encontró en Mateo 20, y el leproso al que sanó en Marcos 1:41. Lo observamos de nuevo cuando Jesús se encuentra con el cortejo fúnebre de la viuda cuyo único hijo había muerto, en Lucas 7.

El amor de Cristo reside en el interior de cada creyente, porque cada creyente está en Cristo y Cristo en él. Amamos porque Él nos amó primero.

Pablo los amaba con el amor del Señor. No era ni siquiera un amor por el que Pablo pudiera recibir crédito. En palabras de Markus Bockmuehl: **“¡La profunda expresión emocional de afecto cristiano de Pablo en este versículo no es fundamentalmente la muestra de un temperamento efusivo, sino de una Cristología efusiva!”**¹ Era más que una característica personal. El evangelio había cambiado el corazón de un violento perseguidor por un corazón lleno de afecto cristiano.

Muchos cristianos pueden escuchar estas palabras y ponerlas en duda basándose en su propia experiencia. Si el amor entrañable de Cristo reside en mí, ¿entonces por qué no soy más afable? Si el amor entrañable de Cristo reside en el interior de la iglesia, ¿entonces por qué la iglesia no está más llena de amor y es más afectuosa? Los siguientes versículos de Pablo ayudan con estas cuestiones, en Filipenses 1:9-11:

Esto es lo que pido en oración: que vuestro amor abunde cada vez más en conocimiento y en buen juicio,¹⁰ para que discernáis lo que es mejor, y seáis puros e irreprochables para el día de Cristo,¹¹ llenos del fruto de justicia que se produce por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

¹ La epístola a los Filipenses, por Markus Bockmuehl, Black's New Testament Commentaries, p. 65.

² Horace Wimpey “The Peril of No Burden”, Sermon Central.

<http://www.sermoncentral.com/illustrations/illustrations-about-peril.asp>.

Dando por garantizado que el amor de Cristo ya estaba presente en los corazones de los filipenses, Pablo oraba para que su amor continuara desbordándose con conocimiento y discernimiento. Que su amor no fuera solamente un sentimiento conveniente y superficial cuando la vida fuera agradable, sino que se convirtiera en la orientación y característica constante de sus vidas. En los días buenos y los malos. Que no fuera un amor ciego, sino un amor que estuviera basado en un verdadero conocimiento de Dios, tanto en la mente como en el corazón. Que su amor fluyera de un completo conocimiento de Dios y sus verdades, así como de un conocimiento íntimo de Dios a partir de su relación con Él y basado en sus propias experiencias.

Pablo también oraba para que el amor *agape* de los filipenses fuera sabio y lleno de discernimiento. Que fueran capaces de percibir qué era verdaderamente amor en cada momento. Que fueran capaces de discernir lo que en última instancia era mejor para otra persona y actuar en consecuencia. Ya sea un amor suave o duro. Ofrecer un hombro para llorar o unas palabras de advertencia. Que pudieran percibir la comprensión de Dios en cada situación y expresar el afecto de Cristo que residía en ellos.

Volvamos a la cuestión de la aplicación. El Espíritu de Cristo vive en nosotros. El amor de Cristo reside en nosotros. Entonces, ¿qué debemos hacer para ser más afectuosos? Como Pablo, ¿cómo liberamos el afecto de Cristo que ya se encuentra en nuestro interior?

Nuestra tendencia es preguntar qué tenemos que hacer para volvernos más afectuosos, pero el amor de Cristo ya se encuentra en nosotros. La pregunta más correcta sería: ¿cómo conseguimos dar vía libre a ese amor? El amor de Cristo, cuando es nutrido y no encuentra obstáculos, será el flujo natural de nuestras vidas. Por lo tanto, ¿qué bloquea nuestro flujo de amor? Tal vez la amargura, el orgullo, el egoísmo o el rechazo a perdonar. Tal vez rodearnos de cosas mundanas hace que el flujo de amor en nuestras vidas esté bloqueado por la avaricia, la búsqueda de nuestra propia gloria, el complacer a los demás, o nuestro deseo egoísta de placer y confort.

En Hebreos 12.1-2 leemos: ***“Despojémonos del lastre que nos estorba, en especial del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante. Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe.”***

Tenemos que limpiar el camino de obstáculos y fijar nuestros ojos en Jesús.

Quizás el Espíritu Santo ya te está dando a conocer lo que necesitas arreglar o quitar. Para algunos, los cambios son específicos, para otros puede ser un cambio en la actitud espiritual. Puede ser un problema de señorío. Mientras queramos debatir con Dios sobre cuándo debemos obedecerle y cuándo no, nuestra proximidad con Cristo y por consiguiente su amor en nuestras vidas estarán obstaculizados. En Juan 14:15, vemos una conexión directa entre amor y obediencia. Jesús dijo: ***“Si me amáis, guardad mis mandamientos.”*** Ahí es dónde debemos empezar.

Tal vez todo este tema del amor a los demás te parece fuera de tu alcance en este momento. Solo estás tratando de sobrevivir o de cuidar de ti mismo. Quizás piensas que amar a los demás o compartir tu fe sería hipócrita y agotaría tus recursos espirituales. A menudo es un reto saber cuándo hay que compartir la fe con los demás y cuándo cuidar de nosotros mismos. Pero, en realidad, amar a los demás es una de las mejores formas de nutrir nuestra vida espiritual. A la luz de esto, consideremos el contenido de este relato:

“Poco después de acercarse a Cristo, Sadhu Sundar, un hindú convertido a Cristo, escuchó la llamada para convertirse en misionero en la India. Una tarde Sadhu estaba viajando a pie por los Himalayas con un monje budista. Hacía un frío tremendo, y Sadhu sentía el viento como cuchillas afiladas que le cortaban la piel. Estaba anocheciendo cuando el monje advirtió a Sadhu que se encontraban en peligro de morir congelados si no alcanzaban el monasterio antes de que se hiciera totalmente oscuro.

Justo cuando atravesaban un estrecho paso sobre un precipicio, oyeron una llamada de auxilio. En el fondo del precipicio se encontraba tendido un hombre, que se había caído y estaba gravemente herido. El monje miró a Sadhu y le dijo: “No te detengas. Dios ha llevado a ese hombre a su destino. Él mismo debe encontrar una solución para su situación”. A continuación, mientras continuaba andando, rápidamente añadió: “Apresurémonos antes de que nosotros también muramos”.

Pero Sadhu replicó: “Dios me ha enviado aquí para ayudar a mi hermano. No puedo abandonarle.”

El monje continuó avanzando con dificultad a través de la ventisca, mientras el misionero descendía la pronunciada pendiente. El hombre se había roto la pierna, y no podía andar. Sadhu tomó su manta e hizo con ella un arnés con el que ató al hombre a su espalda. A continuación, inclinándose bajo el peso de su carga, comenzó una tortuosa escalada. Cuando alcanzó de nuevo el estrecho paso, estaba empapado en sudor.

Con obstinación, se abrió paso entre la nieve y la oscuridad cada vez más profundas. Era todo lo que podía hacer para seguir el camino. Pero perseveró, aunque se encontraba débil por la fatiga y acalorado por el esfuerzo. Finalmente, consiguió ver en la lejanía las luces del monasterio.

Entonces, por primera vez, Sadhu tropezó y estuvo a punto de caer, pero no por debilidad. Había tropezado con un objeto tirado en el camino, cubierto de nieve. Lentamente se inclinó y quitó la nieve del objeto. Era el cuerpo del monje, que había muerto de frío.

Años más tarde, un discípulo de Sadhu le preguntó “¿Cuál es la tarea más difícil de la vida?”

Sin dudarle, Sadhu contestó: “No tener ninguna carga que llevar.”²

Esto también se puede decir de nuestra vida espiritual. Si intentamos guardar nuestra fe para nosotros y no amar a los demás, nuestra fe quedará atrofiada y centrada en nosotros mismos. Tal vez pensemos que estamos protegiendo nuestra fe dejándola para nosotros, cuando en realidad es lo peor que podemos hacer. Como leemos en Santiago 2:17: **“La fe por sí sola, si no tiene obras, está muerta.”** Cuando nos damos a los demás nuestra relación con Cristo se nutre y comienza a dar vida.

Concluimos con un poema y una oración atribuidos a San Francisco de Asís:

*Señor, haz de mí un instrumento de tu paz:
donde haya odio, ponga yo amor,
donde haya ofensas, ponga yo perdón,
donde haya discordia, ponga yo unión,*

² Horace Wimpey “The Peril of No Burden”, Sermon Central.
<http://www.sermoncentral.com/illustrations/illustrations-about-peril.asp>.

*donde haya error, ponga yo verdad,
donde haya duda, ponga yo fe,
donde haya desesperación, ponga yo esperanza,
donde haya tinieblas, ponga yo luz,
donde haya tristeza, ponga yo alegría.*

*Oh Maestro, haz que yo no busque tanto
el ser consolado, como consolar,
el ser comprendido, como comprender,
el ser amado, como amar.*

*Porque dando es como se recibe,
perdonando es como se es perdonado,
y muriendo es como se resucita para la vida eterna.*

Amén.